



EL SOCIALISMO DE LOS AÑOS NOVENTA

José Félix TEZANOS

Cómo va a ser el socialismo de la década de los años noventa, el socialismo más inmediato? Me gustaría empezar por decir que lo que diferencia a un político serio de un charlatán de feria es la capacidad para plantearse la política con rigor, con seriedad, estudiando y evaluando los datos de la realidad y sabiendo a dónde hay que ir, y hasta donde se puede llegar en cada momento concreto.

En este sentido, el responsable político que quiera intervenir en la vida social con rigor y altura de miras tiene que tener en cuenta las lecciones de la historia. Por ello, cuando uno mira hacia atrás y comprende lo que ha sido el devenir histórico más reciente, puede sustentar con cierta razón dos convicciones: en primer lugar, que existe una «línea de progreso» en la historia y, aunque haya tiempos más oscuros en los que se producen ciertos retrocesos y vaivenes, a la larga la dinámica de los hechos sigue una tendencia de progreso: en segundo lugar, la experiencia histórica demuestra también que los movimientos de

ideas cumplen un papel muy importante en la capacidad para impulsar la historia en una dirección de progreso.

Cuando hablamos de movimiento de ideas que impulsan a la sociedad en una dirección de progreso, tenemos que hablar necesariamente del socialismo, ya que el socialismo ha sido uno de los movimientos de ideas más importantes que ha existido en la historia de la humanidad, como movimiento global, es decir, como movimiento que ha tenido capacidad de influencia ideológica, pero también capacidad de movilización social y de transformación efectiva de la realidad concreta.

El sindicalismo, los partidos comunistas, los partidos socialistas y muchas otras experiencias políticas son consecuencia de esa capacidad dinamizadora del socialismo. Pero, sobre todo hay que tener en cuenta —y esto es lo más importante— que el socialismo no ha sido una ideología desencarnada de la realidad, ni una filosofía abstracta y difusa, carente de intenciones prácticas. El socialismo ha sido desde sus orígenes un movimiento social y de ideas que ha aspirado a transformar la realidad, intentando llevar a la práctica unos valores superiores de civilización (una mayor libertad, igualdad, equidad, etc.), a partir de las propias tendencias en que evoluciona la historia.

Esta orientación teórico-práctica fue, para la mayor parte de los principales pensadores de la izquierda, uno de los rasgos distintivos del socialismo. A mediados del siglo pasado, el joven Marx en sus tesis sobre Feuerbach ya lo decía claramente: «Los filósofos hasta ahora han interpretado el mundo; lo que hay que hacer es transformarlo».

El socialismo ha desempeñado, pues, un papel muy importante como agente de transformación de la sociedad, precisamente por su capacidad de reacción y de movilización social ante las consecuencias más negativas que tuvo la Revolución Industrial, en cuanto proceso de cambio que generó hirientes desigualdades y situaciones de injusticia terribles, que exigían ser rectificadas. Sería muy difícil imaginar el mundo actual como un mundo civilizado si no hubiera habido hombres, mujeres y organizaciones que lucharon por rectificar las situaciones injustas que se produjeron en el alumbramiento y desarrollo de la sociedad industrial.

En consecuencia, en cualquier reflexión sobre el socialismo actual y sobre las perspectivas del socialismo del futuro, la primera idea clara que hay que tener es que lo distintivo del socialismo, su verdadera esencia, es su disposición y su capacidad para luchar contra las injusticias, rectificando el curso negativo que puede surgir en un momento determinado en la historia. Por ello, cuando se plantean debates sobre si lo más sustancial es esa lucha por la igualdad y la justicia social, o bien la capacidad para realizar una buena gestión de gobierno que ge-

nere riqueza, en realidad se está suscitando una discusión un poco baladí, si nos atenemos a la historia y al sentido común.

El socialismo ha sido un movimiento social que se ha nucleado en torno a un doble polo de referencias: por una parte, las ideas, y, por otra, la capacidad de transformación de la realidad, adecuándose a las condiciones precisas del momento histórico; es decir, la capacidad para movilizar los apoyos sociales necesarios siguiendo el curso del movimiento de la historia en la dirección más favorable para desarrollar en la práctica los principios básicos del socialismo.

Por lo tanto, en la medida que el socialismo es un movimiento concreto que actúa en sociedades y en momentos determinados en la forma que hemos indicado, a la hora de fijar la trayectoria que debe orientar el socialismo del futuro es muy importante empezar por analizar con rigor y perspectiva histórica la situación actual, así como el curso previsible de la dinámica social en los próximos años.

Para hablar del socialismo de los años noventa hay que empezar, pues, por atenerse a los rasgos principales que definen la situación presente. Aquí nos vamos a limitar a señalar tres rasgos fundamentales:

En *primer lugar*, el derrumbe del comunismo, que ejemplifica el resultado de una escisión en el movimiento socialista que partía de la convicción de que se podía tomar un atajo en la historia, el «atajo autoritario». Sin embargo la historia concreta, al final, ha demostrado que ese *atajo* no conducía a ninguna parte, a un régimen que no se podía sostener y que se ha hundido.

En *segundo lugar*, otro rasgo que define el momento presente, y que ha sido obscurecido ante la opinión pública por la polvareda que ha provocado la caída del muro de Berlín y el derrumbe del comunismo, es el fracaso del neoconservadurismo. Durante los últimos años los poderes fácticos conservadores ensayaron una fórmula político-económica que se calificó como «*neoconservadurismo*», que encarnaron figuras como Ronald Reagan en Estados Unidos, o Margaret Thatcher en Inglaterra, y que se presentó con pretensiones de haber encontrado las «recetas» y las soluciones «objetivas» a los problemas económicos del mundo reciente. Y la verdad es que el fracaso de esas recetas neoconservadoras ha sido apabullante, aunque menos espectacular que el provocado por el colapso del comunismo. ¿En qué se ejemplifica este fracaso? En primer lugar, en el dualismo y la desigualdad social que se ha generado en esas sociedades. Galbraith, en uno de sus últimos libros —*La cultura de la satisfacción*— proporciona ejemplos bastante claros sobre el aumento de la pobreza en los Estados Unidos durante el periodo de gestión de los republicanos. En el país más rico del planeta la proporción de pobres y la situación de desigualdad aumentó

hasta cifras muy preocupantes. El neo-conservadurismo, pues, dio lugar a una agudización del dualismo social, y a un claro agravamiento de la situación de los marginados.

En segundo lugar, durante los años en que se aplicaron las recetas «neoconservadoras» se produjo una crisis monetaria que sufrieron especialmente algunos países europeos, con movimientos especulativos y repentinas bajadas y subidas de las monedas, que llevaron a algunas sociedades al borde de la catástrofe, a causa de una política *monetarista* poco previsoras que no ha sido capaz de generar ni estabilidad, ni riqueza virtual, y que ha desembocado en uno de los procesos de crisis económica más agudos que hemos conocido en los países occidentales. Finalmente, debemos mencionar también el problema del desempleo, ya que los enfoques neoconservadores tampoco han sido capaces de resolver el problema del paro. Incluso los países más prósperos han visto aumentar en los últimos años de manera espectacular el desempleo, hasta llegar en 1993 a los 35 millones de personas en los países de la OCDE.

En definitiva, parece claro que por esa vía, aplicando enfoques neoconservadores en la política económica, nos podemos ver abocados hacia unas sociedades muy problemáticas. No es realista pensar en un futuro viable con millones de desempleados, con dualidades sociales crecientes, con un aumento de la pobreza y, sobre todo, sin oportunidades razonables de empleo y de bienestar social para sectores muy numerosos de la población, especialmente entre las nuevas generaciones.

Estos serían, por lo tanto, los dos primeros rasgos que definen la situación política a principios de la década de los años noventa: el colapso del comunismo y el fracaso del neoconservadurismo. Pero, a su vez, también tenemos que mencionar en *tercer lugar* una cierta crisis del socialismo y la socialdemocracia que tiene dos causas concretas. Una de ellas relacionada con las transformaciones en la estructura de clases, ya que el socialismo se sustentó en la idea de que la clase obrera, sobre todo la industrial, estaba destinada a convertirse en el sector mayoritario de la población y a operar como el verdadero motor del socialismo. Pero la evolución social ha demostrado que las clases medias pueden llegar a crecer en proporciones mayores que los obreros industriales, a la vez que han surgido otros sectores y capas sociales distintas. Lo que da lugar a una complejidad y diversidad de las estructuras de clase mucho mayor que la que inicialmente se había previsto desde algunos círculos teóricos socialistas.

A su vez, el segundo fenómeno que ha estado afectando la crisis de la socialdemocracia tiene su origen en lo que se ha calificado como la «*crisis fiscal del Estado*». Es decir, la situación derivada de la presión fiscal creciente generada como consecuencia del aumento de las pres-

taciones y las aportaciones sociales. Este fenómeno se ha manifestado especialmente en los países en que más se ha desarrollado el Estado de bienestar y en donde algunos sectores de las clases medias han reaccionado negativamente «contra tanta presión fiscal». Probablemente, la evolución electoral que tuvo lugar en la segunda mitad de los años setenta y en la década de los años ochenta en países como Inglaterra, Alemania, Suecia, etc., obedeció en buena parte a este fenómeno de reacción de las clases medias ante una presión fiscal creciente, no asumida en términos de un equilibrio costes/beneficios. (1)

A partir de este panorama, algunos analistas consideraron que nos encontrábamos ante el final de un ciclo político: el ciclo histórico en el que emergieron todos los movimientos de opinión progresistas, incluidos el comunismo y la socialdemocracia,

En realidad este tipo de interpretaciones, muy vinculadas a la exaltación simplista de la «pseudo-teoría» del fin de la historia, no tienen en cuenta una perspectiva más amplia, que nos permitiría identificar en la historia más reciente el desarrollo de varios ciclos de evolución del pensamiento, o de evolución política: lo que algunos han calificado como «ciclos de predominio ideológico».

Ateniéndonos al final de la Primera Guerra Mundial, nos encontramos con que a partir del año 1917 tuvo lugar una ola progresista, que se notó también en España, donde se produjo un importante impulso del socialismo. En el año 1917 tuvo lugar la Revolución Rusa, así como un auge considerable del partido socialdemócrata alemán. Fueron años en los que hicieron notar su presencia grandes pensadores y grandes líderes del socialismo: Kaustky, Bernstein, Rosa Luxemburgo, Lenin, Pablo Iglesias, etc. Fueron años de desarrollo del movimiento socialista y sindical y de afianzamiento de las nuevas ideas.

Sin embargo, a partir del año 1929, en que se inició la *Gran Depresión*, surgió una ola de autoritarismo. Fueron los años en que se desarrollaron los fascismos y el fenómeno estalinista. Los personajes de estos años contrastan con los de las décadas anteriores, que fueron grandes líderes socialistas y humanistas. Personajes como Hitler, Mussolini, Stalin, Franco o Petain, nos dan el perfil del nuevo tipo de líderes-caudillistas que emergieron en la década de los años treinta y cuarenta.

(1) En los retrocesos electorales experimentados por la izquierda han pesado también algunos errores estratégicos a los que me he referido en otros lugares (Ver. José Félix Tezanos, en Varios autores, *Compromiso de Progreso*, Jaime Vera, Madrid, 1993, págs. 18-24; y José Félix Tezanos, «Política económica y sociedad: El futuro del Estado de bienestar», en Alfonso Guerra, Abel Caballero y José Félix Tezanos (eds.), *La socialdemocracia ante la economía de los años noventa*, Sistema, Madrid, 1993, págs. 385-401).

Después de la Segunda Guerra Mundial se volvió a producir una nueva ola progresista, sobre todo en los años cincuenta, sesenta y setenta, cuando se desarrollaron las experiencias socialdemócratas en los países europeos, con la presencia de algunas grandes figuras políticas, como Allende, Kennedy, Luther King, Olof Palme, Willy Brandt, Kreisky, etc., que tuvieron en común, además, que la mayor parte de ellos murieron víctimas de manos asesinas, movidas, sin duda, por oscuras fuerzas reaccionarias que decidieron eliminarlos a tiros.

Después vino una nueva época conservadora, en la segunda parte de la década de los años setenta y sobre todo a lo largo de la década de los años ochenta, en la que predominaron las recetas neoconservadoras, encarnadas por figuras como Reagan, Thatcher, o en otro terreno de influencia ideológica, el Papa Juan Pablo II; es decir, figuras que representan un significativo contrapunto respecto a las de la anterior ola de predominio progresista.

En esta perspectiva de una cierta alternancia histórica, de una tendencia u ola progresista y otra conservadora, hay quienes piensan que a los años noventa corresponde nuevamente un ciclo de orientación progresista. Pero cuando vemos que este ciclo coincide con un periodo de crisis económica profunda —una de las recesiones más importantes que han conocido las economías occidentales desde la Gran Depresión de los años treinta— hay que preguntarse si, en esta coyuntura, la izquierda va a tener la fuerza, la voluntad y la imaginación suficientes como para dar un paso adelante y plantear las alternativas necesarias para este momento; o, si más bien, puede suceder lo contrario y las fuerzas de izquierda en general se van a ver atrapadas en una situación de división, de acobardamiento psicológico y de repliegue político e ideológico, que haga difícil que puedan cobrar la fuerza suficiente como para impulsar el camino de la historia en la dirección de progreso.

En realidad la teoría sobre las olas o ciclos políticos no debe verse como algo mecánico y automático, ya que en realidad un periodo de dominio conservador no siempre es seguido de manera inexorable por otro de carácter progresista. En determinados casos el ciclo se ha alterado, y algunos periodos han ido seguidos por una etapa de carácter reaccionario.

La década de los años ochenta fue conservadora, pero no reaccionaria. Sin embargo, actualmente vemos como en algunos países están resurgiendo los fantasmas de la intolerancia, del racismo y de la xenofobia, al tiempo que reaparecen con fuerza partidos neonazis y neofascistas. La eventualidad de una evolución en una dirección autoritaria y reaccionaria es algo que ya se produjo en el pasado (años treinta), y es un riesgo actual que hay que tener presente, y que exige a los sectores progresistas de la sociedad —los que de verdad tienen

sentido solidario— una gran responsabilidad, ya que es mucho lo que nos jugamos. Por ello hay que estar dispuestos a impulsar entre todos la dinámica política en la dirección que necesitamos, para salir de la crisis con una opción progresista.

Otra cuestión llamativa que caracteriza la situación presente y que debe ser tomada muy en cuenta por los que desempeñan responsabilidades políticas, es la tendencia de la juventud a no implicarse activamente en la política. El fenómeno de la despolitización de una parte muy significativa de la juventud debe entenderse correctamente, ya que no es verdad que la juventud actual carezca de inquietud por los problemas humanos y sociales, sino más bien lo que ocurre es que muchos jóvenes han desarrollado una cierta conciencia política pesimista, alimentada por una percepción que les lleva a no ver relación entre la manera en que ellos conciben los problemas y la forma en que los partidos y los líderes políticos afrontan o proponen las soluciones a esos problemas. En realidad entre la juventud actual existe una conciencia muy viva ante los nuevos problemas sociales y políticos, que no encuentra suficiente reflejo en los partidos políticos tradicionales y en su actual ideario social.

En definitiva, cuando nos planteamos cuál es el diagnóstico más correcto y cuál es la actuación política más adecuada en este momento de fin de siglo, hay que comenzar por negar la validez de las tesis que sostienen algunos ideólogos conservadores de que estamos ante el fin de los tiempos históricos, como ha afirmado Fukuyama, y no sólo él, que es más bien un autor liviano, sino muchos otros analistas e historiadores que han sostenido que en estos momentos la sociedad occidental ha llegado casi a la perfección, a un punto en el que el sistema político y económico «establecido» funciona como nunca antes ha funcionado ningún otro en la historia; lo que, en su opinión, da lugar a un consenso muy amplio sobre el «modelo establecido», que es aceptado por la gran mayoría de los ciudadanos.

Frente a este tipo de visiones e interpretaciones simplistas, desde una óptica de mayor amplitud histórica, habría que empezar por hacer notar que el siglo XX pasará a la historia como el periodo de maduración de la Revolución Industrial y de asentamiento de la democracia, pero también como un siglo que concluye con un balance final no exento de problemas e interrogantes. En realidad la prosperidad económica y la democracia de que nos hablan algunos, solamente está asentada y asegurada en unos pocos países, que no representan ni el 15% de la población que habita este planeta. Es decir, que los eventuales beneficios —aun con sus carencias y desigualdades— de los procesos de democratización y de desarrollo industrial, sólo se han extendido a una minoría privilegiada de los ciudadanos de este planeta. Y esto es algo que hay que tener muy presente si se quiere hacer una política rigurosa de cara al futuro: hay que partir de la dimensión real de

los problemas, sin caer en el riesgo de una visión exclusivamente eurocéntrica.

Si bien es cierto que en unos cuantos países se han alcanzado ciertos niveles de desarrollo y de estabilidad democrática —aunque persisten problemas de paro estructural, de marginación y de dualidad social—, la verdad es que la medida de los problemas sociales en estos países está planteada en unos parámetros completamente distintos que en África, en América Latina y en parte de Asia; es decir, entre la inmensa mayoría de los seres que pueblan este planeta y que continúan viviendo con enormes carencias, sin oportunidades de educación y cultura, sin libertades, bajo regímenes opresivos. En suma, en situaciones humanas verdaderamente preocupantes. No podemos decir, por tanto, que se haya acabado, o consumado —por perfección— la historia, ni en los países occidentales en que sigue habiendo problemas, ni mucho menos en los restantes países del planeta. Lamentablemente, no se ha producido ni «el gran éxito del modelo liberal-capitalista», ni estamos en «un mundo perfecto», ni siquiera hemos alcanzado una situación en la que pueda garantizarse la habitabilidad y la paz internacional. Por ello, el gran reto del siglo XXI será lograr la extensión y el afianzamiento de la democracia y del bienestar social, ya que el mundo del futuro sólo será un mundo en paz y en equilibrio si somos capaces de avanzar hacia un desarrollo mundial libre y solidario.

Como se ha recordado, con frecuencia, después de un periodo histórico en que se ha logrado ganar la batalla de la democracia —tras la derrota del fascismo en los campos de batalla y tras el colapso del comunismo—, ahora hay que prepararse para alcanzar otra victoria: la de la cultura, la educación, la prosperidad y la equidad social *para todos*.

En suma, cuando nos planteamos qué debemos hacer los socialistas, los progresistas, de cara al futuro, hay que tener presente este panorama histórico, que aquí hemos esbozado de forma muy esquemática, desde la conciencia de que nos encontramos, posiblemente, ante la fase depresiva de un ciclo largo de la economía.

¿Cuáles son las opciones que tiene ante sí el socialismo y los sectores progresistas de la sociedad, en la encrucijada en que nos encontramos? En términos generales, podemos decir que hay dos grandes alternativas, que están presentes en el debate.

La primera opción se podría calificar como la del repliegue o acomodación ideológica y política ante lo que ocurre. Es la posición de los que piensan que ante la crisis económica actual, ante la crisis fiscal del Estado, ante el crecimiento y la tendencia hacia la insolidaridad fiscal de las clases medias, debería hacerse un cambio, o una renovación, o, dicho con mayor propiedad, una *reconversión* en el sentido de

adaptar el contenido del socialismo a lo mínimo imprescindible, a aquello que pudiera salvarse de la «crisis» presente. Se trata de una posición impregnada de una cierta psicología de naufragio: «Vamos a ver —parecen pensar algunos— qué podemos salvar del naufragio del Estado de bienestar, qué podemos recortar para salvar algo». Los que defienden esta política «de mínimos», de acomodación a una mala coyuntura económica y política, tienden a poner un especial énfasis en la idea de gestión, afirmando que los sectores «solventes» procedentes del socialismo deben demostrar que son capaces de «gestionar la crisis actual», en el momento especialmente difícil que nos ha tocado vivir. Por lo tanto, desde estas posiciones, lógicamente, se defiende un modelo de «partido de gestión»: dotado de un fuerte componente tecnocrático, volcado en los medios de comunicación, —a los que se considera como el elemento prioritario de interacción política— y con una orientación que pone el énfasis fundamental en ganar la «confianza de los inversores» y en demostrar la capacidad técnica y de gestión.

Una segunda opción es la de aquellos que piensan que, en momentos como los que vivimos, desde la izquierda debe hacerse una reafirmación ideológica. Esta es la posición de los que estiman que, aunque se corra el riesgo de perder posiciones electorales, hay que mantener una política de principios, que preserve las señas de identidad del socialismo. Es la postura de los que creen que lo fundamental son los principios y las ideas que se defienden y que, por lo tanto, hay que dar prevalencia a lo que se es, al ser de izquierdas, frente al posibilismo, a lo que se puede hacer.

Los que defienden esta opción ponen el énfasis en el papel crítico que debe desempeñar la izquierda, considerando que cuando corren malos tiempos históricos, deben fijarse claramente las referencias, en contraste dialéctico contra los elementos negativos que se puedan manifestar en el devenir histórico-social. Consecuentemente con estos criterios se postula un modelo de partido con capacidad para hacer labores de oposición, de crítica y de resistencia ante las ofensivas neoconservadoras, y también con capacidad de integración y movilización social de amplios colectivos sociales y sectores de afiliación.

Lógicamente en cada una de estas dos opciones hay elementos de análisis y de valorización perfectamente legítimos, que exigen un esfuerzo de comprensión para valorar la parte de verdad que puede haber en ellos. En este sentido hay que estar dispuestos a entender las razones de aquellos que creen que «en el momento actual, hay que ver lo que se puede salvar», influidos por esa especie de psicología de naufragio a la que antes nos referíamos, aunque hay que estar muy prevenidos de los excesos patológicos que se pueden producir a partir de esa conciencia, no sea que ocurra como en aquella famosa película de Hitchcock sobre unos naufragos que en un momento determinado, y bajo la angustia de la supervivencia, se plantean que «en el bote de

salvamento sobra gente» y que hay que tirar a algunos por la borda, para que se puedan salvar los demás. Sin caer en esos extremos, la verdad es que en el actual debate de la izquierda se corre el riesgo de deslizarse peligrosamente hacia una lógica de las exclusiones que puede tener efectos enormemente destructivos.

En definitiva, aunque es necesaria una reflexión sosegada sobre estas cuestiones, lo cierto es que en las dos opciones a las que nos estamos refiriendo laten elementos de diferenciación importantes. En una posición predomina el *realismo* y la capacidad de acomodación; mientras que en la otra prima el *idealismo*, es decir, la capacidad para defender las ideas y los principios.

Personalmente yo creo que, valorando todos los aspectos, la posición más coherente de los socialistas estaría en la segunda alternativa, ya que en la actual situación hay que ser capaces de mantener, por encima de todo, los principios y la capacidad «rectificadora» y movilizadora de las ideas, para estar en condiciones de que la izquierda vuelva a ser la alternativa virtual de cambio y de transformación ante unas nuevas perspectivas de la historia. Toda claudicación, aunque se presente como una claudicación honrosa, es siempre una claudicación, y el peor fin que podría tener el socialismo es que desde sus propias filas se intentara una especie de «disolución de si mismo» en un cambio, recambio, o renovación, en el que dejara de ser realmente socialismo. Y la verdad es que hay quienes en esa perspectiva de «cambio», dictada por una especie de conciencia «hiper-realista», están dispuestos a soltar mucho lastre y a tirar por la borda del supuesto «bote de naufragio» a muchas personas y principios. Lógicamente también hay quienes, desde la misma «conciencia de naufragio», no están dispuestos a arrojarlo todo por la borda, siguiendo una norma elemental que aconseja tener sangre fría y estar dispuesto a mantener el tipo en los momentos complicados.

Pero lo cierto es que en el actual debate de la izquierda hay quienes parecen dispuestos a prescindir de casi todo. Incluso, como se ha señalado a veces con cierta ironía, hay quienes parecen dispuestos a que los partidos socialistas dejen de ser verdaderos partidos políticos para convertirse en una especie de confederación de partidos o grupúsculos, e incluso en un movimiento socio-político difuso e inespecífico. Hay quienes también parecen dispuestos a abandonar todas las señas ideológicas de identidad del socialismo, a las que se mota alegremente de «antiguallas» desfasadas. Igual ocurre con las referencias sociológicas, que algunos entienden de manera bastante inespecífica y casi perfectamente intercambiable con otros partidos, olvidando que aunque los obreros no son los únicos votantes de los partidos socialistas, constituyen su núcleo fundamental de apoyo, al que ciertamente hay que sumar otros si se quiere conformar mayorías políticas con capacidad de gobernar. Pero lo que no tendría ningún sentido, sería sumar

otros apoyos a costa de prescindir de los propios trabajadores, o entrar en tales contradicciones con ellos y sus organizaciones sindicales, que al final se pudiera llegar a perder su apoyo político. En cuyo caso se habría llegado a cerrar un verdadero círculo sin sentido.

Y a todo lo anterior habría que añadir los riesgos de algunos partidos socialistas de encontrarse «atrapados» en alianzas políticas que mermen su propia capacidad para mantener los elementos de identidad nacional, y verse obligados a introducir eventuales riesgos de desvertebración a causa de las «exigencias» de algunos pactos que pudieran implicar *de facto* efectos insolidarios para las regiones y los sectores sociales menos favorecidos, o que han contado históricamente con menos apoyos virtuales en las «políticas nacionales» dictadas por las clases dominantes tradicionales.

A partir de unas coordenadas como las que aquí hemos esbozado, y más allá de las preferencias particulares de cada cual, habría que ser capaces de hacer un esfuerzo de síntesis de carácter histórico y político que permitiera superar eficazmente los elementos de distanciamiento implícitos en las dos opciones planteadas actualmente en el campo del socialismo, y que deberían confluir, o evolucionar, de manera que pudieran llegar a ser, en primer lugar, compatibles entre sí, y en segunda instancia complementarias operativamente. Si no se consigue tal compatibilidad y complementariedad, el coste que se pagará en términos políticos y electorales será muy considerable. Por ello es necesario trabajar seria y rigurosamente por una integración y una nueva síntesis política, acomodada a las nuevas circunstancias de la década de los años noventa.

¿En qué podría basarse esa síntesis? En primer lugar, en el desarrollo de un mensaje o discurso político que fuera a la vez innovador y agregador, y que tuviera una capacidad de movilización efectiva entre los jóvenes y los sectores sociales que pueden apoyar el proyecto socialista. La reflexión que se hizo, por ejemplo, en el PSOE sobre el *Programa 2000*, los debates de Jávea y otros foros sobre el socialismo del futuro constituyen una base de discusión para una renovación rigurosa y eficaz del proyecto socialista, en sintonía con los nuevos datos de la realidad, en una perspectiva orientada a potenciar verdaderamente el socialismo, y no a disolverlo o difuminarlo en la vaporosidad ideológica, sociológica y programática.

El proyecto socialista de futuro tiene que estar basado en un mensaje político vivo, capaz de aportar soluciones eficaces a los problemas políticos virtuales que se plantean en el momento presente. Por ello, hay que empezar por preguntarse, ¿cuáles son esos problemas concretos e inmediatos? La primera cuestión a la que tiene que atender el socialismo es el problema eterno de la escasez de recursos y de bienes, demostrando su capacidad para contribuir a generar riqueza sin

producir traumas sociales o medio-ambientales y, sobre todo, actuando eficazmente para que esa riqueza se distribuya de manera justa y equitativa. Es decir, el esfuerzo fundamental y distintivo del socialismo se orienta a luchar contra la desigualdad, contribuyendo a avanzar hacia una sociedad cada vez más equitativa.

En segundo lugar, el socialismo tiene que ser capaz de hacer frente a lo que algunos han llamado «los nuevos fantasmas del Apocalipsis», los nuevos problemas globales de nuestro momento, que no afectan a un solo país o a un solo continente, y que no pueden encontrar una solución viable desde una perspectiva parcial. Por ejemplo, el problema del deterioro ecológico no puede solucionarse desde la óptica de un solo país, —como demostró el caso de Suecia, un país bastante escrupuloso en el tratamiento de temas medioambientales, pero que se vió afectado por la lluvia radioactiva procedente del accidente de la central de Chernobyl que estaba relativamente cerca de sus fronteras—, y que, por lo tanto, es necesario trabajar con una nueva óptica global, si se quiere hacer frente a problemas que por su misma naturaleza tienen el carácter de cuestiones globales.

¿Cuáles son los principales problemas globales en el momento actual? En primer lugar el deterioro medioambiental, un problema que estamos enfocando con una cerrazón e inconsciencia tremendas, sin darnos cuenta de su verdadera dimensión y de los efectos dañinos que está produciendo.

Cuando algunos grandes pensadores de nuestros días, como Adam Schaff o Norberto Bobbio, hablan de estos problemas como «los nuevos jinetes del Apocalipsis», en realidad se están ateniendo a la literalidad de la expresión con bastante exactitud. En este sentido convendría recordar que a lo largo de las páginas del Apocalipsis de San Juan, en varias ocasiones el «gran castigo» y el «gran desastre» se presenta como un conjunto de catástrofes ecológicas: se convirtió —se dice— en color sangre «la tercera parte del mar y murió la tercera parte de las criaturas que hay en el mar»; «cayó un astro llamado Ajenjo sobre la tercera parte de los ríos y las fuentes de las aguas, convirtiéndose en ajenjo la tercera parte de las aguas y muchos hombres murieron por las aguas que se volvieron amargas»; «que el fuego, el azufre y el humo intoxican la atmósfera y se oscureció el sol y el aire a causa del humo»...

Tales imágenes, presentadas en la tradición religiosa con afán amedrantador, en realidad las tenemos ahora delante de nuestros ojos en forma de amenaza ecológica virtual. Y no deja de resultar ingenuo pensar que todos estos problemas se pueden solucionar con timoratas políticas paliativas, o con algunos impuestos selectivos, o con medidas adoptadas en un solo país. En realidad será imposible hacer frente eficazmente a estos problemas si no somos conscientes de que, en el

fondo, están conectados con la forma en que opera la lógica de un sistema económico determinado, inspirado en la ideología capitalista, que se basa en una concepción depredadora de la utilización de los recursos naturales y la forma de generación de riqueza. Por ello, mientras no se transforme la cultura socio-política en que se basan los supuestos de esa forma de entender la economía, resultará muy difícil encontrar una solución definitiva para los problemas medioambientales.

El segundo gran problema global está conectado con los riesgos nucleares. A veces pensamos en la amenaza nuclear como una hipotética confrontación militar entre las dos grandes potencias, que se habían deslizado hacía esa gran aberración que supuso dedicar ingentes recursos económicos para acumular arsenales nucleares capaces de destruir totalmente la tierra. Sin embargo, hoy en día el armamento nuclear se ha extendido a países más pequeños con economías más débiles, que imponen a la población unas condiciones de vida muy duras para poder disponer de arsenales nucleares, que pueden estar poco controlados y que no sabemos en que forma podrían ser utilizados en un momento determinado.

Por otra parte está el problema de los residuos nucleares. Sabemos, por ejemplo, que durante los últimos años algunos países, especialmente la ex-Unión Soviética, han estado arrojando residuos radiactivos e incluso material militar a profundas simas marinas, sin tener en cuenta la manera en que la contaminación radiactiva de los fondos marinos puede afectar a todo el ciclo de la vida, a través del consumo humano de productos procedentes del mar.

Igualmente los efectos de la producción de energía eléctrica en centrales nucleares, así como otras formas de utilización de la energía nuclear, están dando lugar a la acumulación de residuos radiactivos que estarán en activo durante miles de años. Lo cual supone que estamos tomando decisiones que afectarán a las futuras generaciones, que tendrán que conservar esos residuos durante años y años, porque nosotros decidimos en un momento emplear la energía nuclear, sin saber muy bien qué efectos podía tener y cómo la íbamos a controlar.

El tercer fantasma o «jinete del Apocalipsis» es el problema del hambre y de las enormes carencias que existen actualmente en el mundo. Se trata, sin duda, de una situación hiriente, difícil de aceptar para cualquier persona mínimamente sensible y civilizada. Pero la realidad es que miles de seres humanos mueren cada día de hambre, mientras que unas pocas personas, en unos pocos países, viven en medio de una opulencia y un despilfarro inconcebibles. Y la verdad es que la mayoría de los ciudadanos de los países desarrollados nos encontramos casi vacunados contra los impactos morales de esta situación; cuando vemos en televisión la imágenes patéticas de esos niños

cadavéricos, y cuando nos ofrecen los fríos datos estadísticos sobre el hambre y la pobreza en el mundo, al principio se nos conmueven las entrañas, pero al poco rato lo olvidamos, o tranquilizamos nuestra conciencia dando un donativo a alguna de las asociaciones humanitarias que se ocupan de estas cuestiones. En realidad, muy pocos ciudadanos de los países desarrollados estarían dispuestos a modificar su nivel de consumo, o a incrementar sus impuestos, o a modificar las condiciones de competitividad de sus países en la economía internacional para atajar el problema en sus raíces, es decir, en la existencia de un orden económico internacional basado en un supuesto libre comercio, que da lugar a que los países más pobres se vean afectados por estructuras de dependencia interior y exterior que no facilitan el desarrollo de economías propias y sostenibles, capaces de garantizar unas condiciones de crecimiento suficiente. Por ello, estamos en una situación internacional de dualización social verdaderamente preocupante, que no parece rectificarse y que debemos romper por algún sitio, si queremos avanzar hacia una humanidad solidaria. Este es, sin duda, uno de los grandes problemas que tiene que plantearse la izquierda, si quiere seguir presentándose como tal.

En cuarto lugar tenemos también un problema global muy serio con la explosión demográfica, una vez que hemos llegado a superar la cifra de más de 5.000 millones de habitantes sobre el planeta. Si se continúa evolucionando en la misma dirección, y se mantienen crecimientos exponenciales en algunos países, en muy poco tiempo nos encontraremos con un grave problema de densidad poblacional, que dará lugar a serias dificultades de habitabilidad en algunas partes del planeta.

Finalmente, habría que apuntar también otro problema que está empezando a afectar especialmente a los países desarrollados en que más ha avanzado la revolución tecnológica: nos referimos al paro estructural. La humanidad está entrando en una nueva etapa económica, a partir de una revolución tecnológica que se basa en la aplicación de robots industriales y de tecnologías informáticas muy sofisticadas a la realización del trabajo; lo que da lugar a que cada vez se puedan hacer más cosas y producir más bienes y servicios con menos trabajo humano. Uno de los efectos que está teniendo la revolución tecnológica en las economías más desarrolladas es el surgimiento de un problema de paro estructural, que se añade a los ya de por sí preocupantes impactos del desempleo en una coyuntura de fuerte crisis económica.

Estos son, pues, algunos de los problemas globales a los que tiene que dar respuesta el socialismo. Se trata, como vemos, de cuestiones que no estaban planteadas cuando el socialismo clásico hizo sus formulaciones tradicionales y, por lo tanto, es lógico que desde la perspectiva de otra época no hubiera respuesta a estos problemas. El socialismo de nuestros días, sin embargo, tiene que ser capaz de

encontrar nuevos mensajes políticos que atiendan estos nuevos problemas con una respuesta progresista y solidaria, en la que se integren también las alternativas a la cuestiones de las que viene ocupándose desde hace tiempo.

¿De qué manera hay que hacer esto? Básicamente con análisis y con mensajes políticos innovadores y rigurosos, capaces de encontrar arraigo en las nuevas generaciones, ya que son ellas las que deberán desarrollar en la práctica las estrategias políticas adecuadas que tiendan a la solución de esos problemas. Pero no basta con referirse a estos mensajes y enfoques diciendo que han de ser «nuevos», «innovadores» o «adaptados» a las nuevas circunstancias, sino que hay que ser conscientes de que, sobre todo, deben ser mensajes capaces de agregar posiciones. La izquierda tiene que ser capaz de encontrar una respuesta a las inquietudes comunes de un amplio bloque de clases, sin perder las referencias específicas de los sectores sociales que desde el principio fueron su núcleo central de apoyo, es decir, las clases trabajadoras. En este sentido, la adaptación del socialismo a complejas y diversificadas estructuras de clase de nuestro tiempo no puede entenderse como una especie de giro súbito, o inversión total de las identidades de clase, puesto que, si bien es cierto que las clases medias han aumentado de manera muy importante, resulta muy poco realista pensar que en unos pocos años es posible sustituir el socialismo de los trabajadores por un socialismo de las clases medias, o bien por una especie de socialismo difuso e inespecífico sociológicamente.

En las sociedades dinámicas de nuestros días hay que tender hacia un bloque de apoyo al socialismo basado en tres núcleos fundamentales: en primer lugar, las clases trabajadoras y el movimiento sindical, así como los sectores progresistas de las clases medias. En segundo lugar, en el movimiento que está desarrollándose en torno a las nuevas demandas sociales, como el ecologismo, el pacifismo, el feminismo, etc.; es decir, los nuevos frentes sociales que buscan la igualdad, la solidaridad y la armonía medioambiental, desde unas perspectivas que resultarán fundamentales para el pensamiento progresista y socialista del siglo XXI. El tercer sector estará formado, cada vez en mayor grado, según avance la revolución tecnológica, por las «infraclases», es decir, por aquellos sectores sociales que quedan en una situación de paro estructural de larga duración, que tienen dificultades para encontrar un empleo e incorporarse al proceso productivo (jóvenes y mujeres especialmente), que viven en una situación de marginación social, o que, como consecuencia de esa crisis fiscal del Estado, se encuentran, como los pensionistas, con unos ingresos que ven mermada su capacidad adquisitiva, o que son insuficientes para vivir con la dignidad que exigen nuestros tiempos, como ocurre en términos comparativos con algunos pensionistas, a causa de las lentas actualizaciones de sus pensiones; lo que da lugar a un empeoramiento lento pero progresivo de su nivel de vida.

Las ideas o criterios fundamentales que habría que integrar en la nueva síntesis política innovadora, y con capacidad de movilización social, serían, en primer lugar, la defensa del Estado de bienestar sin recortes en las prestaciones fundamentales. Lo que tenemos que lograr es un mejor funcionamiento del Estado de bienestar, buscando nuevos horizontes de funcionalidad, con medidas de descentralización en las prestaciones, con ahorros por la vía de la mejor y más racional utilización de los recursos, con políticas selectivas y personalizadas, etc. Pero no debe haber marcha atrás en las cuatro «universalizaciones» o derechos sociales básicos, es decir: en educación, sanidad, pensiones y prestaciones por desempleo. Y menos en países como España, donde tanto nos ha costado llegar a garantizar a todo el mundo esas prestaciones.

En segundo lugar, deben potenciarse políticas públicas activas que sean capaces de influir en la economía para remontar la fase de recesión en la que se encuentra. Hay que ser conscientes de que la recesión económica en la que nos encontramos sumidos en los primeros años de la década de los noventa es un tipo de crisis de la que no vamos a salir solos. Actualmente se necesitan políticas activas, como las que se aplicaron con el *New Deal* en Estados Unidos en los años treinta, o como las políticas socialdemócratas y keynesianas desarrolladas en Europa en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que fueron capaces de impulsar la economía a través de intervenciones en los sectores públicos, de incentivos fiscales a la inversión, y de estímulos al consumo, etc. El tipo de políticas que deben aplicarse ahora tendrán que ser evaluadas con mucho detalle, en función de las condiciones actuales de la economía, pero, en cualquier caso, hay que tener claro que en momentos de recesión se necesitan políticas capaces de generar actividad, dinamismo y empleo, y no solamente medidas paliativas o adaptativas. El gran reto político de finales del siglo XX es *cómo crear oportunidades de empleo*, sobre todo para las nuevas generaciones y para un número creciente de personas que están perdiendo sus puestos de trabajo como consecuencia de la crisis y el paro estructural.

En tercer lugar, hay que ser capaces de abrir un debate muy serio y sincero sobre el reparto del trabajo, especialmente sobre la disminución de la jornada de trabajo. Tal como están evolucionando las cosas, cada día está ganando más fuerza la convicción de que es necesario ir a una reducción sustancial de la jornada de trabajo que haga posible una mayor disponibilidad de empleo para todos, especialmente para los jóvenes.

Los planteamientos favorables a la reducción de la jornada laboral han dado lugar, a su vez, a valoraciones críticas que consideran demasiado utópica esta hipótesis. Por ello, no estaría de más que recordemos una anécdota que tuvo lugar hace bastantes años. Cuando en 1889

se creó la II Internacional, en su primera reunión, a la que asistió Pablo Iglesias, se acordó establecer la fiesta del 1 de mayo y la reivindicación de la jornada de 8 horas diarias, es decir, de 48 horas semanales, cuando lo habitual eran 11 o 12 horas. Durante la celebración en España del primer 1 de mayo de 1890 tuvieron lugar dos grandes manifestaciones, una en Madrid y otra en Barcelona. Las clases burguesas y los sectores dominantes se sintieron bastante impresionados porque fueron manifestaciones muy numerosas y bien organizadas. El presidente del Gobierno, Sagasta, llamó a la comisión organizadora de la manifestación, de la que formaba parte Pablo Iglesias. Tras felicitarles por el buen orden y organización de la manifestación les dijo: «Ustedes que son personas tan sensatas ¿cómo se plantean algo tan insensato como la jornada de ocho horas? ¿No se dan cuenta de que es algo imposible? Esto nunca se verá, ya que supondría la destrucción de la economía nacional». Pablo Iglesias le respondió escuetamente: «Mire usted, esto es algo que se plantea a nivel internacional y eso lo vamos a ver muy pronto». Efectivamente, no muchos años después se empezó a establecer en varios países la jornada máxima de ocho horas. Y en muy poco tiempo hemos pasado de 48 horas, a menos de 40 horas, con tendencia a la semana laboral de 35 horas.

Probablemente, en muy pocos años nos vamos a tener que plantear con realismo que la jornada laboral viable para que haya un *stock* de trabajo suficiente para todos será una semana de 20 o 25 horas. Al mismo tiempo habrá que generar nuevos empleos y actividades en los campos del ocio, la cultura, la educación, la salud, y en el sector servicios, que contribuyan a mejorar la calidad de vida, ya que el objetivo hacia el que tenemos que ir es hacia una sociedad con más calidad de vida.

En cuarto lugar, hay que avanzar hacia un nuevo enfoque europeísta. Por una parte tenemos que desarrollar una concepción de la unidad europea que ponga más énfasis en lo político y en lo social, potenciando la idea de la «Europa de los ciudadanos», y, al mismo tiempo, habrá que plantearse un calendario más razonable para los procesos de integración monetaria. La situación económica y monetaria que se ha vivido durante 1993 es insostenible, especialmente, si se acompaña de un discurso demasiado enfatizador de los «sacrificios» necesarios para construir Europa. El riesgo que se puede correr con estas posiciones es que la idea de Europa, que ha sido vista por las mayorías sociales como un ideal muy positivo, pueda llegar a convertirse en algo impopular o antipático, debido al énfasis que se pone en transmitir a los ciudadanos la interpretación de que el proceso de integración europeo exige muchos sacrificios, y nos fuerza a un planteamiento económico de gran dureza, casi imposible de cumplir, que nos obliga a apretarnos el cinturón. Por lo tanto, desde la izquierda hay que apostar claramente por Europa, pero planteando un calendario político más holgado, que no implique niveles de sacrificio tan duros para algunos, en

mor de una convergencia económica que no puede ser vista ni entendida de la misma manera en un momento de aguda crisis económica. Hay que modular, pues, un diseño en el proceso de integración europeo que se pueda presentar a los ciudadanos como algo positivo, y no como algo antipático, que pueda implicar retroceso en nuestros niveles de vida, o riesgos en las conquistas sociales, en función de exigencias económicas demasiado supeditadas a las necesidades monetarias de la potencia económica predominante en Europa, que es Alemania. La Europa con futuro no puede ser otra que una Europa más equitativa, basada en una verdadera corresponsabilidad equilibrada entre todos los países europeos.

En quinto lugar, hay que plantearse con vigor las nuevas metas futuras del socialismo. Después de la crisis del comunismo y del fracaso neoconservador hay que avanzar en los diseños de la democracia postliberal. La izquierda tiene que ser audaz y demostrar que está dispuesta a dar pasos adelante en las propuestas para avanzar hacia una democracia económica avanzada que abra nuevas formas de participación en el trabajo y de corresponsabilidad social y política. En el campo del pensamiento político, cada vez es mayor el número de autores y escritores que provienen de otras tradiciones no socialistas, que plantean la necesidad de acometer una etapa postliberal en el desarrollo de la democracia, basada en nuevos elementos de participación y, sobre todo, en el criterio de que los procedimientos democráticos no se deben «detener» a las puertas de las fábricas y lugares de trabajo.

En conexión muy directa con estos planteamientos de profundización de la democracia, se encuentran las aspiraciones a potenciar la «democracia municipal», lo que implica entender el papel de los Ayuntamientos como uno de los pilares básicos de fortalecimiento de la democracia. Una democracia es sana y fuerte si funcionan bien sus células básicas, y la célula primaria de la democracia es el Ayuntamiento, ya que es el lugar en el que la política se hace más visible y resulta más inmediata para los ciudadanos, y donde los recursos económicos públicos se emplean mejor y producen resultados más positivos y mejor valorados. Por ello, buena parte de las mejoras en el funcionamiento del Estado de bienestar deben orientarse en la perspectiva de gestionar la prestación de la mayor parte posible de los servicios desde la esfera municipal.

Para potenciar una política de esta naturaleza será necesario tener muy claras las ideas y objetivos, siendo muy realistas y flexibles en los métodos. La nueva dimensión global de los problemas que tenemos por delante y la naturaleza de la crisis económica en que nos encontramos, precisa de nuevos enfoques globales y de nuevos agentes sociales capaces de implicarse activamente en las reformas del futuro. El nuevo impulso político que se necesita, no puede ser sino un impulso político para la nueva época y para las nuevas generaciones. De

ahí la importancia que tiene lograr una mayor y más relevante incorporación de la juventud a la política activa.

José Félix Tezanos

En definitiva, y en consecuencia con todo lo dicho, hay que estar dispuestos a un serio esfuerzo por dotar de rigor, concreción y serenidad a los debates que se prodigan en el campo de la izquierda, y que en algunas ocasiones, lamentablemente, han dado lugar a bastante confusión. Actualmente existen dos riesgos de deterioro político: el primero es el riesgo de la «infrapolítica», con todo lo que conlleva la utilización de la guerra sucia como arma política, las descalificaciones, los debates opacos e indirectos; la instrumentalización abusiva de los «aparatos» de poder, etc. Frente a todas estas manifestaciones de la «infrapolítica», cada cual debe estar dispuesto a defender sus ideas serena y limpiamente, sin injuriar, ni descalificar, ni instrumentalizar, sabiendo discrepar limpiamente. El otro riesgo en que se puede caer es el de la «intrapolítica», es decir, el riesgo de que los partidos se cierren sobre sí mismos y que desarrollen hasta el hastío problemáticas internas que los ciudadanos no entienden muy bien y que tienen escasa relación con las cuestiones políticas que verdaderamente les interesan.

El ciudadano aspira a que los partidos políticos resuelvan sus propios problemas, y se ocupen prioritariamente de dar solución a las cuestiones sociales que están pendientes. Por ello, los debates políticos internos, los debates sobre cuestiones organizativas, y las pugnas por el desempeño de responsabilidades en el interior de los partidos políticos no deben convertirse en un fin en sí mismo, ni aparecer ante la opinión pública como la ocupación principal de los partidos políticos. El debate sobre el modelo de partido, por ejemplo, es un debate instrumental, que está en función del tipo de política que se pretende hacer. Lo primero son las metas políticas y la definición de los objetivos que se persiguen desde la izquierda, y lo siguiente es todo lo concerniente a los instrumentos para desarrollar esas políticas. Como dice el refrán castellano «No hay que poner la carreta delante de los bueyes».

Lógicamente, para hacer una política de cariz más conservador se necesita un tipo de partido político concreto. Los que piensan, por ejemplo, en un socialismo de mínimos, para salvar lo que se pueda del «naufragio», plantearán un tipo de partido adecuado a este tipo de política acomodaticia. Por el contrario, los que defienden un partido de ideas, de impulso social movilizador y de afán más reformista postularán otro modelo de partido político ajustado a estas finalidades. Por lo tanto, el debate organizativo sobre el modelo de partido debe estar en función de las ideas.

En la izquierda europea en estos momentos existe un grado de consenso bastante amplio sobre la necesidad de realizar un serio esfuerzo

para mejorar el funcionamiento de los partidos políticos. Los socialistas hemos contado con un modelo de partido político que ha funcionado bastante bien durante muchos años, el «partido de masas», que ha sido el modelo tradicional de la izquierda, con el que el socialismo consiguió un grado notable de implantación y apoyo social, que hizo posible modificar algunas de las tendencias más negativas que se produjeron con el desarrollo de la sociedad industrial. En estos momentos es evidente que ese modelo, cuyos orígenes se remontan al siglo pasado, necesita importantes actualizaciones, pero sin perder lo que tenía de bueno su esquema de funcionamiento. El modelo de partido hacia el que tenemos que evolucionar, y al que a veces hemos calificado como «partido democrático de participación», tiene que responder a las exigencias de una organización más abierta y porosa, en la que existan más oportunidades concretas de participación para los simpatizantes. Tiene que ser también un partido más sectorizado, con una organización que no esté basada exclusivamente en las agrupaciones territoriales.

Cuando hablábamos de los nuevos movimientos sociales —el frente de defensa medioambiental, el de la igualdad de la mujer, el de las políticas de paz, etc.—, debemos ser conscientes de que estos frentes tienen que ser atendidos por los partidos socialistas a través de estructuras organizativas específicas. De igual manera también hay que mejorar la participación interna en los partidos socialistas. En estos momentos existe un campo de posibilidades muy amplio para potenciar iniciativas más ágiles de participación, de consulta, de implicación en la toma de decisiones, no sólo de los afiliados a los partidos políticos, sino también de los simpatizantes y votantes. La experiencia del *Programa 2000* en el PSOE como una fórmula de debate participativo, o la discusión de los «programas abiertos» en algunas organizaciones territoriales, o la posibilidad que ofrecen las tecnologías de comunicación modernas para realizar debates «interactivos», son ejemplos bien claros que nos ilustran sobre las posibilidades de desarrollar nuevos mecanismos flexibles y eficaces para la participación y el diálogo permanente con los ciudadanos.

La democracia del futuro será, sin duda, la democracia de una nueva era política, la era de la ciudadanía activa, caracterizada por una implicación y participación cada vez mayor, de cada vez más gente, en la defensa y gestión de sus intereses. Por ello, los partidos tienen que efectuar un esfuerzo de imaginación para dar respuesta a esas nuevas demandas ciudadanas y para prevenir a tiempo los riesgos del futuro.

Para los socialistas, todo ese esfuerzo de imaginación, de rigor en el desarrollo de un proyecto real y eficaz de progreso y de estímulo a la participación se inscribe en ese gran «norte» que significa la acción del socialismo y que, en verdad, cuando uno lo piensa, resulta una cosa muy lógica, muy elemental y muy humana. Cuando nos pregun-

tamos qué es el socialismo, y cuál es el modelo de sociedad que nos gustaría legar a las futuras generaciones, en definitiva pensamos en una sociedad en la que haya libertad para todos, en la que nadie sea pisoteado o perseguido o marginado por sus ideas o por su condición personal, una sociedad en la que todos tengan acceso a la cultura y a la educación, en la que todos tengan garantizadas sus necesidades básicas ante la vida, en la que nadie tenga que vivir con la angustia de qué pasará si queda en paro, en la que nadie se encuentre indefenso o inseguro ante las incertidumbres de la enfermedad, el infortunio, la viudez, la muerte de sus padres... Eso es en esencia el socialismo, un proyecto de seguridad para todos, una aspiración a un tipo de sociedad en la que todos los ciudadanos puedan vivir con libertad y con el suficiente grado de equidad.

En una época en la que existen tantos problemas y tantos miedos e incertidumbres, la gran apuesta del socialismo tiene que ser la apuesta por la seguridad, a partir de esa aspiración a la igualdad y la libertad que está en el núcleo central de las ideas del socialismo. Esto es algo por lo que algunos consideramos que merece la pena trabajar y esforzarse. Y podemos hacerlo con un cierto optimismo histórico, ya que, si volvemos la vista atrás con suficiente perspectiva, nos podemos dar cuenta de que en la historia de la humanidad han transcurrido miles y miles de años en que la mayoría de los seres humanos han sido pisoteados por los poderosos, han carecido de todos los derechos y han vivido sin las más mínimas oportunidades de cultura y de libertad, y solamente hace 200 años, con la Revolución Francesa, se puso en marcha un movimiento solidario y democrático que nos condujo a las democracias políticas modernas. De igual manera, las experiencias socialistas y socialdemócratas que hicieron posible el desarrollo del Estado de bienestar solamente llevan funcionando desde hace cuarenta o cincuenta años, y en países como España sólo once o doce años.

Cuando contemplamos toda esta dinámica política con perspectiva histórica, podemos comprender que si en tan poco tiempo hemos logrado dar pasos tan importantes, lo hasta ahora alcanzado nos proporciona la medida de todo lo que podemos hacer desde la izquierda, si tenemos la suficiente serenidad, tesón y capacidad como para sumar fuerzas y agregar intereses en la defensa de nuestras ideas humanistas y solidarias.
